

## SUBIR AL SUBMARINO

La inquietante verdad es que la mayoría de nosotros habría subido al submarino de Peter Madsen.

Es el tipo de cosas que haces cuando eres escritora, periodista, reportera independiente y una mujer tan interesada por el mundo y sus innumerables historias como tus colegas masculinos.

En septiembre de 2017, presenté un sombrío relato en una conferencia sobre periodismo en Nashville (Tennessee).

Hace poco conocí a Sonia Paul, amiga íntima de la periodista sueca asesinada Kim Wall. La identidad de Sonia la revela una activista LGBT+ ugandesa que le sonríe cariñosamente y dice: "Hola chicas, os presento a Sonia. Siento mucho lo de Kim".

Cuando Sonia se aleja de nuestro grupo por un momento, hago un recuento escalofriante de los hechos.

"Yo también me habría subido a su submarino. ¿Y vosotras...?"

La decisión fatal es unánime.

**TODAS LAS MUJERES DE  
LA MESA ASIENTEN CON LA  
CABEZA Y ME DOY CUENTA  
DE QUE, EN CIERTO MODO,  
TODAS SOMOS KIM WALL.**

No porque todas poseamos su increíble talento o porque el inventor danés Peter Madsen haya acabado con nuestras vidas de forma abrupta y brutal. Si no porque, como periodistas, salimos en busca de historias y, a veces, eso implica confiar en el prójimo y puede traer consecuencias nefastas.

Como escritora de viajes, he aprendido a silenciar los aspectos negativos.

Cuando hice mi primer viaje de trabajo al extranjero y fui agredida sexualmente por el portero que me acompañaba a mi habitación en un importante hotel de Nueva Delhi, decidí no denunciar el incidente para evitar que la relación con mis anfitriones empezara con mal pie.

En lugar de eso, tras cinco días en un país que siempre había soñado con visitar, escribí artículos elogiosos sobre el Taj Mahal, el impresionante caos de Nueva Delhi y la reconfortante idea de que en la India los huéspedes son dioses.

**En mi primer relato de viajes, no escribo ni una palabra sobre la agresión.**

[REDACTED]

La intuición me dice que, si cuento que el portero me agarró en la habitación del hotel, me empujó hacia atrás y me obligó a darle un beso ardiente, húmedo y humillante, pasaré por una especie de quejica.

Pasaré por una periodista que no sabe desdramatizar, como sí haría un corresponsal masculino; que es incapaz de transigir para seguir con su trabajo y tener una visión de conjunto.

Para bien o para mal, ese incidente inspiró mi filosofía del periodismo de viajes.

Intento sobrellevar este tipo de situaciones.

Cuando me encuentro en una carretera forestal a solas con un guía turístico en Bali y la conversación se torna repentinamente sexual, intento quitarle importancia.

Me río nerviosamente y finjo indiferencia cuando me pregunta si las mujeres negras son tan salvajes en la cama como se rumorea. Finjo responder a una falsa llamada de un novio que no tengo cuando pregunta por el paradero de mi pareja, y rezo para que todo vaya bien.

En la crónica de viajes en la que relato ese



día, no menciono las preguntas inapropiadas, ni el miedo; tampoco los mensajes que envié subrepticamente a mi mejor amigo James, con las fotos de la tarjeta de visita de mi guía turístico, su cara, su número de teléfono alternativo y su perfil de Facebook, en el que se identifica con otro nombre. Porque, a menudo, una vez que estás a salvo en casa, los malos momentos palidecen en comparación con la majestuosidad de lo que has visto.

Tu vida es explorar, experimentar, indagar, y luego escribir. Por ello, esos incidentes tienden a fundirse en el agua azul brillante que rodea un templo marino en Tanah Lot.

Se desvanecen con el viento que agita el hiyab de colores vivos de una mujer que trabaja en una terraza arroceras en Tegalalang o se disuelven lentamente en la pura felicidad de ser una periodista africana que recorre el planeta y contribuye a enriquecer un mundo dominado por voces occidentales, en su mayoría masculinas.

Pero con la excepción, quizás, de un artículo –"Viajar siendo africana"– guardo estas luchas para mí.

### **Omito el acoso sexual.**

No cuento a nadie la cantidad de veces que me proponen relaciones sexuales en Roma, a pesar de que es obvio que llevo una cámara, un trípode y garabateo notas en un diario, como hago en todas partes.

Cuando vendo mis relatos de viajes por Ghana a dos publicaciones, no menciono en ningún momento la docena de hombres que me rodean en Accra, en la playa de Labadi.

Me gritan enfadados que les enseñe las fotos de un tramo de mar vacío que un guardia me aseguró que podía tomar, hasta que un "responsable" acalla las voces de estos hombres, que me tachan de "mujer estúpida, de periodista extranjera arrogante".

De nuevo, no menciono el incidente.

En cambio, valoro el mero privilegio de viajar por África, la belleza relativa de mis experiencias y la suerte de ser una escritora remunerada, a pesar de todos los sinsabores que he vivido, y decido omitir el episodio.

**PORQUE NECESITAMOS  
QUE LAS MUJERES VIAJEN.**

**NECESITAMOS QUE LAS MUJERES  
OCUPEN UN ESPACIO PROFESIONAL.**

Necesitamos que las mujeres normalicen el hecho de vivir sin miedo, de investigar intrépidamente las historias que elijan, de cumplir sus sueños y desarrollar sus carreras para alcanzar la excelencia y la masa crítica; y esto no sucederá si tenemos miedo.

No legitimaremos la mirada femenina, no cambiaremos el mundo o la percepción de la gente que lo habita, si nos quedamos en casa. Si damos un paso atrás, asustadas por el tipo de intimidaciones omnipresentes que tratan de limitar nuestra vida, que intentan dictar la longitud y la medida de nuestra existencia y la profundidad de nuestras contribuciones.

Aunque sea una idea retorcida, al menos por ahora, he llegado a considerar estos ataques, agresiones e intimidaciones como una suerte de compensación tácita y enfermiza.

## NO DEBERÍA SER ASÍ.

Pero como periodista independiente, estás sola.

Las ideas, la pasión, el tono y la euforia de escribir casi todo lo que quieres te pertenecen, pero también son tuyos los riesgos para tu equipo y tu persona.

Por esta razón, todas las escritoras de viajes independientes que he conocido tienen sus mecanismos de protección.

Los rituales, las precauciones y los amuletos que llevan consigo crean una impresión convincente de seguridad.


Un fino crucifijo de oro regalado por una madre.

La costumbre de enviar a un ser querido todo su itinerario del día, antes del desayuno. La práctica de hacerse hipervisible.

Esta última táctica es la que yo he adoptado, junto a un pequeño dragón de la suerte dorado que se llama Falkor.

Aunque, como mujer negra que viaja sola, suelo llamar la atención, siempre me siento más segura cuando he hecho algunas amistades locales.

Me aprendo las fórmulas de cortesía, socializo con el personal del hotel y frecuento con regularidad las tiendas, quioscos o puestos para comprar pequeñas cosas que no necesito, asegurándome siempre de decirle a algunas personas cuánto tiempo voy a estar por la zona, por si desaparezco antes de lo previsto.



**ÉSTAS SON MIS PEQUEÑAS Y DESESPERADAS ESTRATEGIAS DE SEGURIDAD QUE, EN EL FONDO, SÉ QUE SON INSIGNIFICANTES FRENTE A LA VIOLENCIA, LA LEGITIMACIÓN Y EL TERROR OMNIPRESENTE QUE PREDOMINAN EN LAS SOCIEDADES PATRIARCALES.**

Seis años después de aquella noche en Nueva Delhi, sé que mi vida como periodista de viajes solo cambiará si también lo hace el mundo. Así que intento aportar mi granito de arena.

Como mujer, columnista y periodista independiente, hago lo posible por vivir y viajar sin complejos, mientras que, en mi ciudad natal, Windhoek (Namibia), participo en la lucha.

Me manifiesto contra la violencia de género y por los derechos humanos.

Escribo artículos para denunciar los llamados “crímenes pasionales” y la masculinidad tóxica.

Envío un correo electrónico mordaz a un productor de espectáculos que, borracho, me manoseó mientras cubría una actuación.

Ignoro los mensajes de la bandeja de entrada y los mensajes de texto de los hombres que consiguen mi número de móvil y me llaman p\*\*a, odiadora de hombres y zorra interesada. Y me derrumbo horrorizada y fugazmente derrotada cuando el artículo feminista que envió al principal periódico nacional se publica el mismo día en que aparecen los cuerpos de dos hermanas en el cauce de un río asesinadas por el novio de la más joven.

**A pesar de ello y por ello, como periodistas y, sobre todo, como mujeres, a luta continua.**

Viajamos. Escribimos. Hacemos fotos. Somos testigos. Protestamos. Nos manifiestamos. Reivindicamos. Existimos.

**ME IMAGINO A KIM WALL  
COMO UNA LLAMA. LA TRÁGICA  
HISTORIA QUE NOS ABRASA Y LA  
LUZ QUE ILUMINA EL CAMINO.**



Martha Mukaiwa

Foto: courtesy of the journalist